

# La paradoja de la izquierda en Brasil

## Luiz Carlos Bresser-Pereira

### 1. Introducción

La idea de izquierda, como todas las demás ideas e instituciones en América Latina, es una idea trasplantada y en gran medida inauténtica. No obstante, es un fenómeno real, en la medida en que, en países capitalistas y democráticos, es siempre posible distinguir la izquierda de la derecha. En el caso de Brasil, que es el objeto de este trabajo, la izquierda es una realidad tan viva y poderosa que justifica la cuestión central a la que quiero responder aquí: ¿por qué la izquierda en Brasil gana elecciones pero no gobierna? Este trabajo va a analizar esa cuestión, lo que presupone un concepto amplio de izquierda y del problema relacionado: ¿Existe una especificidad para la izquierda en América Latina y, específicamente, en Brasil? ¿En que se distingue o debe distinguirse de la izquierda en Europa, que siempre sirvió de parámetro, para poder ser auténtica y tener condiciones de gobernar?

Estas cuestiones no tienen respuestas unívocas. Estamos en el campo minado de las ideologías, en el cual es preciso combinar el método histórico-deductivo de las ciencias sociales con el método

---

Profesor de Economía y de Teoría Política en la Fundación Gehilio Vargas, São Paulo.  
Traducción de Julimar da Silva Bicharsa.

normativo de la teoría política. Espero, sin embargo, conseguir dar una respuesta que nos ayude a comprender la dinámica y las crisis de la izquierda en Brasil. Una respuesta que sea suficientemente abierta para poder abrigar una realidad tan compleja y, al mismo tiempo, suficientemente precisa para no constituirse en mero rol de lugares comunes.

Para responder a la primera cuestión, tendré que volver a definir izquierda y derecha. Y justificar por qué no trabajo con el concepto de “centro”, y presuponiendo que una persona o un partido es de izquierda o de derecha. Esto no significa que no admita las situaciones ambiguas, pero no quiero perderme en ellas. En segundo lugar, tendré que mostrar que la izquierda generalmente gana las elecciones en Brasil desde la transición democrática de 1985. Posteriormente, tendré que explicar por qué la izquierda gana las elecciones pero el gobierno que se forma finalmente no es de izquierda, ni representa los intereses de los pobres. En tal caso, necesitaré de dos cosas: del concepto de sociedad civil que diverge, tanto en Brasil como en los demás países de América Latina, mucho más que en países desarrollados, del conjunto de los electores votantes, que llamaré de pueblo; y de una comprensión mayor de lo que es efectivamente de izquierda y de derecha en la región o en Brasil.

## 2. El concepto de izquierda y derecha

Desde hace algunos años propongo un concepto general de izquierda y de derecha que reproduciré aquí. Este concepto supone que las sociedades modernas tienen como objetivos políticos el orden o la seguridad, la libertad, el bienestar, la justicia, y la protección de la naturaleza o del medio ambiente. La izquierda no se distingue de la derecha en términos de libertad o de promoción del bienestar a través del desarrollo económico. Aunque la libertad política haya sido originalmente una conquista de la burguesía, que usó para eso

la ideología del liberalismo, la democracia fue, ante todo, una conquista de los pobres y de las clases medias, que durante el siglo XIX lucharon duramente con los liberales para obtener el sufragio universal. Por otro lado, aunque una parte de la izquierda –la utópica– desdeñe el desarrollo económico porque lo considere asegurado por el capitalismo, cuando los partidos o las coaliciones de izquierda llegaron al poder en Europa, se revelaron tan interesados y capaces de promover el desarrollo económico como los partidos y las coaliciones de derecha. Con relación al orden, a la justicia y a la protección del medio ambiente las diferencias son claras. Son tan claras que permiten la siguiente definición de izquierda y de derecha: la derecha es el conjunto de fuerzas políticas que, en un país capitalista y democrático, lucha principalmente por asegurar el orden, dando prioridad a ese objetivo, mientras la izquierda reúne a aquellos que están dispuestos, hasta cierto punto, a arriesgar el orden en nombre de la justicia –o en nombre de la justicia y de la protección ambiental, que sólo en la segunda mitad del siglo XX asumió el estatus de objetivo político fundamental de las sociedades modernas<sup>1</sup>.

Además, la izquierda se caracteriza por atribuir al Estado un papel activo en la reducción de la injusticia social o de la desigualdad, mientras la derecha, percibiendo que el Estado, al democratizarse, fue saliendo gradualmente de su control, defiende un Estado mínimo, limitándose a garantizar el orden público y dando una absoluta preponderancia para el mercado en la coordinación de la vida social. Con relación al Estado, sin embargo, dentro de la propia derecha hay divergencias, porque la experiencia histórica muestra que sólo cuando hay una fuerte alianza de los empresarios con la burocracia del Estado se consubstancia una estrategia

---

<sup>1</sup> Bresser-Pereira (1996, 1999). En el segundo trabajo desarrollé ese concepto de forma más extensa, contrastando con el de Bobbio (1994).

nacional de desarrollo. Por otro lado, por mucho tiempo la izquierda rechazó el Estado, que, para Marx, sería «el comité ejecutivo de la burguesía», y para los anarquistas, el mal mayor. Sin embargo, lo que la experiencia histórica de la democracia, más que del liberalismo, demostró es que, en las democracias, el Estado fue dejando de representar exclusivamente los intereses de la clase dominante para transformarse en principal instrumento de acción colectiva a disposición de la sociedad. Mientras, en el proceso histórico, el capitalismo se revelaba, a un solo tiempo, un régimen intrínsecamente injusto y corrupto, pero el único sistema económico viable porque era relativamente eficiente, la democracia se revelaba el instrumento por excelencia a través del cual las sociedades modernas domaban ese capitalismo: lo hacían menos injusto y menos corrupto. Por eso, la izquierda se reconcilió con el Estado, haciéndolo prioritario; como destaca Sader se dio «el desplazamiento de la polarización neoliberal entre estatal/privado para la construcción del carácter público del Estado brasileño»<sup>2</sup>. Mientras más democrático se hace el gobierno del Estado, más público se hace, o sea, más atiende a las demandas de los ciudadanos y menos a las de las minorías poderosas.

Aunque la defensa de la intervención del Estado regulando y corrigiendo el capitalismo sea importante en la distinción entre derecha e izquierda, el elemento central de esa definición está en la oposición entre el orden y la justicia social. La protección del medio ambiente está también adquiriendo cada vez más importancia, en la medida que los grupos políticos que adoptan esa posición son también normalmente antes de izquierda que de derecha. Los otros dos objetivos políticos centrales de las sociedades modernas (la libertad y el bienestar) no distinguen históricamente a la izquierda de la derecha, ya que, en el pasado, tuvimos

---

2 Sader (1995: 164).

una defensa ardorosa de la libertad y la capacidad para promover el bienestar de los ciudadanos que partió tanto de gobiernos de izquierda como de derecha, como ataques contra la democracia y la incapacidad de promover el desarrollo económico por parte de partidos políticos con las dos orientaciones. Cuando, sin embargo, se trata del orden, el verdadero conservador no hesita, y le da siempre prioridad sobre la igualdad, que, para él, muchas veces, ni siquiera es un valor significativo. Ya el verdadero progresista también defiende el orden, la seguridad, pero sabe que el avance social contempla una libertad para la protesta por parte de los más pobres, de los que de alguna forma se sienten oprimidos, lo que implica un cierto riesgo para el orden. El conservador afirma en cualquier hipótesis la primacía de la ley; el progresista reconoce la necesidad del Estado de derecho, pero sabe también que la ley es a menudo hecha para defender a los pobres contra los ricos, y que aquéllos, muchas veces, no tienen alternativa para hacerse oír sino enfrentarse a la ley.

La democracia es el régimen del orden, de la ley y del compromiso, pero es también el régimen del conflicto social y de la argumentación. La izquierda sabe que entre la justicia y el orden existe una contradicción que los regímenes democráticos deben, en principio, ayudar a resolver, mientras la derecha busca siempre que sea posible negar esa contradicción en la medida en que el Estado de derecho o el imperio de la ley tienen absoluta precedencia sobre la justicia. Para la izquierda la ley muchas veces representa el *statu quo* y, por lo tanto, los intereses de los ricos, y por eso necesita ser cambiada a partir de la presión de los movimientos sociales, los cuales, por falta de alternativa, no siempre se valen de medios puramente legales para ejercer esa presión. Para la derecha esa forma de arriesgar el orden o la ley es inaceptable.

La izquierda en todas partes, incluso en Brasil, enfrenta una contradicción básica: mientras la derecha representa claramente

los intereses de los ricos, que son los principales defensores del orden, la izquierda, en principio, debería representar los intereses de los pobres o de los trabajadores, pero, en la práctica, frecuentemente representa también los intereses de las clases medias profesionales conectadas al Estado. Existe ahí un problema serio porque por más que esa clase media profesional busque identificarse con los pobres que pretende informalmente representar, acaba representando también sus propios intereses. El hecho de que izquierda y derecha representen intereses de clase es ineludible y hasta deseable si esa representación no es meramente corporativa, es decir, el político no suponga que su papel sea simplemente representar los intereses de aquellos que le apoyan o le eligen. En los países más avanzados políticamente ese corporativismo es contrarrestado por el espíritu republicano de los ciudadanos y de los políticos, que logran, en alguna medida, actuar en función de sus convicciones sobre lo que es de interés público aun cuando eso choca con sus intereses personales.

La definición que acabo de presentar para la derecha y la izquierda es una definición histórica, que parte de la observación empírica del comportamiento efectivo de los grupos políticos identificados como izquierda o derecha. En una definición de ese tipo ¿no sería necesario añadir que la izquierda defiende, teóricamente, el socialismo y, en la práctica, el estatismo, mientras la derecha defiende el capitalismo? Sí, pero con diversas restricciones. El socialismo ha sido una utopía de la izquierda por mucho tiempo, pero cuando ésta se vio en el poder, como aconteció después de la revolución comunista de 1917, el sistema económico que finalmente se estableció fue el estatismo, no el socialismo. ¿Por qué? Esencialmente porque la sociedad rusa estaba lejos de tener la igualdad de conocimientos que sería necesaria para poder implantar con éxito un régimen socialista. Esa es la contradicción central de la revolución socialista: recoge la igualdad,

pero, para alcanzarla, necesita que la igualdad, por lo menos de conocimientos o capacidades, ya esté razonablemente implantada. Incluso los países hoy más desarrollados y con trabajadores más educados tendrían dificultades en establecer un régimen socialista porque las diferencias de educación y calificación técnica y organizacional entre los ciudadanos continúan siendo muy grandes. ¿Qué decir de una sociedad atrasada como era la rusa y todas las demás que realizaron revoluciones pretendidamente socialistas? Se estableció allí, por lo tanto, no el socialismo sino el estatismo. Este tuvo éxito en promover la industrialización pesada a partir de una fuerte acumulación forzada de ahorros, pero finalmente reveló su incapacidad económica de competir con el capitalismo. De esa forma, el ideal socialista continúa siendo un ideal de las izquierdas, aunque el centro-izquierda o la izquierda moderada se limitan a pensar en él como una utopía y tratan de promover de forma reformista la justicia y la defensa del medioambiente en el capitalismo.

Existen muchos tipos de izquierda, más que de derecha, probablemente porque ésta, además de los valores e ideas, tiene el capital para unirla, mientras que la izquierda sólo tiene valores e ideas. Podemos distinguir por lo menos cuatro tipos de izquierda: la extrema-izquierda, la izquierda utópica, la izquierda burocrático-sindical, y la centro-izquierda. La extrema-izquierda es revolucionaria, no percibe en la democracia existente sino una forma de dominación: pretende asumir el poder revolucionariamente para, a continuación, implementar lo que denomina socialismo, pero que es más correcto llamar estatismo. La izquierda utópica prefiere no disputar el poder para mantener sus ideales socialistas, y para poder ser una fuerza crítica dentro de la sociedad. Hoy, ese es el caso, principalmente, del extraordinario movimiento "otromundialista", que se formó a partir de los Foros Sociales Mundiales. Sus participantes más representativos afirman

que no aspiran al poder, pero quieren ser la conciencia crítica de las sociedades capitalistas contemporáneas, y quieren «contribuir para que la sociedad haga prevalecer, en toda parte, la justicia social, la solidaridad y la paz», o, en otras palabras, «otro mundo [sea] posible»<sup>3</sup>. Ese objetivo es legítimo, y el movimiento ya ha hecho contribuciones positivas en la dirección pretendida, en la medida en que la enorme repercusión de sus acciones tiene obligados a los gobernantes conservadores o progresistas a cambiar algo sus políticas.

La izquierda burocrático-sindical desarrolla el juego democrático, tiene bases fuertes en la burocracia del Estado y en los sindicatos, se autodenomina izquierda simplemente y, mientras está fuera del poder, mantiene un discurso formalmente socialista. La centro-izquierda reconoce la imposibilidad de una transición al socialismo dentro de un plazo previsible y, usando una frase de Michel Rocard, trata de gobernar «el capitalismo de forma más competente que los capitalistas». Es decir, es una izquierda reformista, que durante el siglo xx fue socialdemócrata, pero que está transformándose en una centro-izquierda social-liberal, en la medida en que los partidos de izquierda en Europa vienen reformando sus economías y su Estado en el sentido de mantener la garantía a los derechos sociales y profundizar la igualdad, al mismo tiempo en que aceptan un papel más activo de mercados regulados en la coordinación del sistema. El social-liberalismo representa una superación positiva de la socialdemocracia, sin embargo, de la misma forma que la social-democracia fue por mucho tiempo acusada de traicionar los ideales del socialismo revolucionario, ahora se acusa al social-liberalismo de traicionar los ideales de la socialdemocracia. Hoy, los países que presentan

3 Chico Whitaker (2005: 15 y 19). Véanse también Aguiton et al. (2003) y Fourgier (2004)

gobiernos de izquierda con más éxito, como es el caso de los países escandinavos, de Holanda y de Gran Bretaña, están dejando de ser socialdemócratas para ser social-liberales. La reforma de la gestión pública, contratando organizaciones de servicio públicas no estatales la realización, de forma competitiva, de servicios sociales y científicos, es el principal cambio. Con ello el Estado disminuye el número de funcionarios, manteniendo dentro del aparato del Estado sólo a alto nivel y prestigio. El gasto público en relación al PIB se mantiene elevado, pero, paralelamente, aumenta substancialmente la eficiencia de los servicios prestados por el Estado, y los derechos sociales pasan a ser más respetados, debido a la mejoría de la cantidad y de la calidad de los servicios prestados con los mismos recursos<sup>4</sup>. Aunque esa perspectiva de la reforma de la gestión pública prestigie a los altos funcionarios, no tiene espacio para funcionarios de nivel medio y bajo, o para aquellos que no realizan actividades específicas de Estado. No es sorprendente, por eso, que encuentre fuerte oposición en la izquierda burocrático-sindical.

Entre la extrema-izquierda y la centro-izquierda hay, naturalmente, una escala de posiciones partiendo del discurso de la revolución hasta el de la reforma social. Podríamos llamar sólo de "izquierda" la posición intermediaria, que es cara a los intelectuales: una izquierda que no hace compromisos ni con la burguesía ni con la burocracia. Esta izquierda, sin embargo, no existe en el plano político: sólo existe idealmente. En Brasil, uno de sus principales intérpretes es Emir Sader, que, en vez de oponer la justicia social al orden, define la izquierda por la oposición entre

---

4 En Bresser-Pereira (2004) expuse más ampliamente el concepto de social-liberalismo, aplicado principalmente a la reforma del Estado. Francia y Alemania continúan resistiéndose a la reforma de la gestión pública, presos que están del modelo burocrático clásico. Esta es una explicación importante para su mal desempeño económico en los últimos diez años.

la justicia y el neoliberalismo. «En Brasil –dice él– ser de izquierda significa la contraposición al neoliberalismo». Esa es una definición correcta porque es a través del neoliberalismo que hoy se manifiesta el orden, aunque haya un número razonable de conservadores que también se oponen al neoliberalismo. Por otro lado, el problema de la revolución socialista es evitado a través de la idea de que «ser de izquierda en el mundo de hoy significa participar de forma concreta de una nueva sociedad»<sup>5</sup>. Cuando, sin embargo se busca saber cuál es el contenido de esa nueva sociedad, verificamos que ese proyecto no existe porque sus propugnadores saben que no pueden ser socialistas pero no quieren admitir el capitalismo reformado. Como queda claro en una obra posterior, lo más importante serían cambios en la política económica. Según Sader, esa nueva sociedad tendría como pilares (a) la renegociación de la deuda externa, (b) la renegociación de la deuda pública, y (c) políticas económicas que privilegian la distribución de la renta<sup>6</sup>. Independientemente de mis apreciaciones personales con relación a esas políticas<sup>7</sup>, lo que es importante señalar aquí es que no llevan a una “nueva sociedad”: sólo consideran reformar muy modestamente el capitalismo. No hay, por lo tanto, razón práctica para, en el plan ideológico –que es aquel en que nuestra discusión está insertada– distinguir izquierda de centro-izquierda, excepto si quisiéramos incluir entre los criterios de distinción un criterio competencial o de propiedad de las políticas económicas sugeridas –lo que no es el caso.

5 Sader (1995: 194).

6 Sader (2003: 175-176).

7 Aunque profundas modificaciones son necesarias en la política económica del gobierno, la estafa, tanto de la deuda externa como de la interna, no tiene justificación. Más importante es reducir drásticamente el escandaloso tipo de interés Selic (lo que implicaría una reducción del valor presente de la deuda), y adoptar una nueva política de protección del capital y del trabajo nacionales, interrumpiéndose la absurda apertura financiera de Brasil al capital externo.

### 3. El centro inexistente pero fundamental

En la discusión del concepto de izquierda es esencial debatir el problema del centro, o, más específicamente, del centro que se mueve. A mi entender, en las sociedades modernas no existen agrupaciones políticas de centro. Aquellos que así se autodenominan, son siempre de derecha. En realidad, alguien o algún grupo o es de izquierda o de derecha. Podemos y debemos transformar esa dicotomía en una escala ideológica que va de la extrema derecha hasta la extrema izquierda, pasando por la derecha, el centro-derecha, el centro-izquierda y la izquierda. Nos quedamos, así, como una escala de seis formaciones políticas, pero sin un centro. En esa escala el centro es inexistente: alguien o algún grupo o es de izquierda o de derecha. Es inexistente y sin embargo, como punto virtual, es fundamental. Porque ese centro se mueve cíclicamente de un lado hacia el otro, y porque toda la lucha ideológica entre la izquierda y la derecha en las democracias modernas se realiza alrededor del centro, es decir, de empujar ese centro más hacia la izquierda o más hacia la derecha.

Lo que se ha visto en el mundo, desde la mitad de los años setenta, ha sido el éxito de la derecha, a través de la ofensiva ideológica neoliberal, en mover el centro para la derecha. En los años noventa, frente al fracaso parcial de las reformas y promesas de la derecha, se inició un movimiento del centro hacia la izquierda, pero la elección infausta y controvertida de un presidente radicalmente conservador en el país dominante, Estados Unidos, interrumpió ese proceso. En América Latina, sin embargo, en la cual el fracaso de las reformas neoliberales fue radical, el movimiento del centro hacia la izquierda está siendo continuo. Esto aconteció porque algunas de esas reformas, especialmente la apertura financiera, aparte de concentrar riqueza, se revelaron contrarias a los intereses nacionales del desarrollo económico. El enorme

desarrollo de los países asiáticos que, aunque comprometidos con el desarrollo capitalista rechazaron las reformas propuestas o presionadas a partir del Norte, está profundizando ese movimiento de los países latinoamericanos hacia la izquierda, a pesar de la hegemonía que los EE UU ejercen sobre la región.

El centro inexistente o, más precisamente, sólo existente como realidad virtual, como punto de referencia para dividir la izquierda de la derecha es, así, paradójicamente todopoderoso, porque la lucha político-ideológica en las democracias modernas se refiere a él. Los movimientos del centro son, naturalmente, pendulares: en determinados momentos el centro camina hacia la izquierda, como aconteció en el mundo a partir de la Gran Depresión de los años treinta, en otros camina hacia la derecha, como ocurrió a partir de la mitad de los años setenta. Esos movimientos ocurren en la medida en que las propuestas de gobierno de uno o de otro grupo se agotan, y los electores situados más próximos al centro se desplazan en la dirección opuesta a aquella dominante.

Por otro lado, es necesario considerar que el centro varía geográficamente. En EE UU, donde nunca hubo un movimiento socialista fuerte, el centro está mucho más a la derecha que en Gran Bretaña, donde está más a la derecha que en Francia, en Alemania o en España. Esta diferencia geográfica de ubicación del centro se debe a razones de orden histórico que no interesa aquí discutir. Lo que es importante dejar claro es el hecho de que, si aceptamos esa variación del centro, el concepto de izquierda y derecha se hace relativo. Políticas que son consideradas de izquierda en Estados Unidos podrán ser consideradas de derecha en Francia. Los políticos progresistas o de izquierda americanos son generalmente asociados al Partido Demócrata, y son denominados "liberales", en referencia al siglo XVIII y comienzo del XIX, cuando los liberales eran progresistas que luchaban en nombre de la burguesía contra los conservadores, aún aliados con la aristocracia.

Sin embargo, es necesario señalar que, al afirmar que el centro se mueve en el tiempo y que varía geográficamente de país a país, reconozco una limitación en la definición teórica que ofrecí inicialmente. Si fuera estricto al definir izquierda y derecha con relación al orden y a la justicia, no tendría sentido esa variación. Arriesgar el orden, admitir la acción de movimientos sociales, como huelgas, restringir sin violencia acciones ilegales de otros movimientos sociales, como las invasiones que, en Brasil, los sin-tierra y los sin-techo a menudo promueven, y apoyar sus reivindicaciones, sería siempre de izquierda. En contrapartida, defender la ley a cualquier precio, usar de la autoridad tradicional y religiosa para justificar posiciones políticas y morales, sería siempre de derecha. Esto, sin embargo, es verdadero solo hasta cierto punto. En las cuestiones sociales, el principio de la *razonabilidad* debe siempre prevalecer, y ese principio rechaza distinciones claras y precisas entre el blanco y el negro. La realidad social es ambigua, así como el ser humano. La derecha tiende a presuponer que el ser humano es, por naturaleza, egoísta o autointeresado, la izquierda, a pensarlo como generoso o capaz de la generosidad. En realidad, el ser humano es intrínsecamente contradictorio y, por lo tanto, ambiguo. Nace con dos necesidades fundamentales y contradictorias: de un lado, el instinto de supervivencia le hace individualista y egoísta, de otro, el instinto de la convivencia le hace solidario y cooperativo. Toda la sociedad humana está basada en esa ambigüedad, y por eso los científicos sociales enfrentan tanta dificultad en prever su comportamiento.

#### 4. Izquierda y nación

El interés y la capacidad de promover el desarrollo económico, como el de promover la libertad, no distinguen la izquierda de la derecha. Naturalmente, cada una de las agrupaciones políticas afirmará

que es más capaz tanto de una cosa como de otra, aunque, históricamente, hemos visto gobiernos de derecha y de izquierda siendo exitosos y siendo desastrosos con relación a esos dos objetivos políticos. Sin embargo, en esta sección argumentaré que, cuando se piensa en la definición de izquierda en países en desarrollo sería preciso incluir la idea de desarrollo como un objetivo básico y la idea de nación como objetivo para el desarrollo. Históricamente, en la Europa del siglo XIX y de Marx, la burguesía era nacionalista y la izquierda, internacionalista. El internacionalismo de la Internacional Socialista, sin embargo, nunca convenció a los trabajadores, que no hesitaron en, de alguna forma, asociarse a la burguesía y a los técnicos del gobierno cuando se trataba de competir internacionalmente. Fue eso que permitió que todos los países capitalistas exitosos en el plano económico consolidaran, al mismo tiempo, el proyecto de construcción de sus Estados-nación. Una nación sólo gana cohesión y fuerza, y el Estado sólo se hace el instrumento de la acción colectiva de esa nación, si las clases sociales, no obstante sus conflictos, son capaces de hacerse solidarias cuando se trata de competir con otras naciones.

En el momento, sin embargo, cuando la construcción nacional y el desarrollo se consolidaron en aquellos países del Norte, el nacionalismo dejó de ser una ideología expresa para convertirse en una ideología implícita. El nacionalismo es la ideología de la construcción del Estado-nación, es el principio básico que alimenta las relaciones internacionales tanto en su fase de la Diplomacia del Equilibrio de Poderes como en la de la Política del Sistema Global, y es la afirmación de la prioridad de los intereses nacionales en relación a los demás países competidores. En la práctica, implica atribuir a los gobiernos la responsabilidad de defender el trabajo, el conocimiento y el capital nacionales. Hoy, en esos países, como en los países dinámicos de Asia –y muy a diferencia de lo que ocurre en los países dependientes de América Latina–

prácticamente nadie duda de que ese es el deber de sus gobiernos, de forma que se hizo innecesario reafirmar el propio nacionalismo, transformado en valor consensual. Entonces, se hizo posible ocultar esa perspectiva, que siempre es incómoda en las relaciones internacionales, y reservar el adjetivo “nacionalista” para las perversiones del nacionalismo, para sus expresiones extremadas y violentas como el nazismo, o para formas de populismo de derecha o de izquierda en países en desarrollo. Para los países ricos, ese camuflaje, que naturalmente se procesa, tiene la ventaja no prevista de neutralizar el eventual nacionalismo de los países en desarrollo, haciendo sus elites más dóciles a las directrices venidas desde el Norte, principalmente aquellas relacionadas con las políticas de carácter económico.

Frente a ese cuadro, la izquierda en los países en desarrollo no puede reproducir el discurso sobre el nacionalismo de los países ricos, incluida su izquierda. El motivo no es sólo el nivel de desarrollo económico y político de esos países, menor que el de Francia, Alemania o Gran Bretaña. Es necesario tener presente que Brasil, aunque presente una sociedad dual y, por lo tanto, una economía subdesarrollada, ya es una sociedad capitalista moderna. Sin embargo, es necesario también considerar que, sin una actitud nacionalista, los países de desarrollo medio no lograrán evitar la dominación del Norte si no adoptan las políticas e instituciones necesarias para su desarrollo. En los últimos veinte años, mientras los países asiáticos dinámicos tendían a usar el nacionalismo para construir sus Estados nacionales y para promover con éxito su desarrollo, los países latinoamericanos, incluido Brasil, que entre los años treinta y ochenta estaban realizando sus revoluciones nacionales, interrumpieron esa construcción<sup>8</sup>. En los últimos veinte años la nación brasileña, a partir de la crisis de la deuda

8 Celso Furtado *Brasil: A Construção Interrompida* (1992).

externa transformada en crisis fiscal del Estado y en alta inflación, mientras era sometida a la ola ideológica neoliberal y globalizada venida del Norte, perdió autonomía real y volvió a la condición semicolonial. Esto ocurrió porque el antiguo modelo nacional-desarrollista que promovió con éxito la industrialización del país entre 1930 y 1980, entró en crisis. Ocurrió también porque la presión ideológica globalizada venida del Norte, afirmando que en la era de la globalización el Estado-nación había perdido relevancia y anunciando la gobernanza global en un mundo sin fronteras, se hizo muy fuerte a partir de aquella misma fecha. Y ocurrió, finalmente, porque las elites brasileñas conservadoras y dependientes, principalmente aquellas conectadas con el sector financiero, se adhirieron rápidamente a las nuevas ideas.

En estos términos, sería razonable esperar que, en los países latinoamericanos, la izquierda fuera nacionalista y tuviera como prioridad el desarrollo económico. Esto ocurrió en el pasado, en Brasil, cuando los grupos de izquierda más representativos se asociaron con los empresarios industriales en el pacto nacional-desarrollista de Vargas y Kubitschek (1930-1960). En América Latina, sin embargo, la izquierda dejó de ser nacionalista desde que los empresarios apoyaron los golpes militares en el Cono Sur. La adopción de la teoría “de la dependencia”, sea en su versión marxista, sea en la versión de la dependencia “asociada”, no fue motivo para que se hiciera más nacionalista, como se podría imaginar si no por el contrario, que copiara la clásica perspectiva internacionalista de la izquierda europea del siglo XIX. Partiendo de la presuposición de que en América Latina no sería posible la existencia de un empresariado nacional, la primera versión de la teoría de la dependencia concluyó por la revolución socialista, y la segunda por la asociación con los países ricos<sup>9</sup>. Por otro lado, la

9 Bresser-Pereira (2005).

izquierda dejó de dar prioridad al desarrollo económico, en la medida en que asumió que, en el capitalismo, el desarrollo ocurriría de cualquier manera, de forma que le cabría a ella preocuparse por la democracia y la justicia social. Sin embargo, aunque sea verdad que, para los países que se desarrollaron originalmente y completaron su revolución industrial, el desarrollo capitalista tiende a ser autosostenido<sup>10</sup>, esto no es verdad para los demás, que fueron sometidos a procesos de imperialismo. En ese caso sus elites se hicieron ambiguas en relación con los intereses nacionales porque al mismo tiempo en que se identificaban con esos intereses, eran ideológicamente dependientes del centro desarrollado<sup>11</sup>. Ese tipo de conciencia, sin embargo, no ocurrió en las izquierdas latinoamericanas y brasileñas, cuyos intelectuales son también dependientes, de forma que hicieron lo que es inherente a la situación de dependencia no criticada: copiaron el internacionalismo de las izquierdas europeas, sin darse cuenta que estas sólo adoptaron el internacionalismo en teoría, mientras se asociaban a los empresarios en la construcción de la nación y en la participación en estrategias nacionales de desarrollo.

## 5. La paradoja de la izquierda

Si el centro cambia geográficamente, sería interesante preguntar qué ocurre con el centro en Brasil o en América Latina. ¿Está más a la izquierda o más a la derecha que en los países desarrollados de la Europa continental? No sé responder con claridad, porque

<sup>10</sup> Furtado (1961).

<sup>11</sup> En «Do ISEB e da CEPAL à Teoria da Dependência» (Bresser-Pereira, 2005) llamé a esa dependencia no de “asociada” y tampoco de contrapartida de la “superexplotación imperialista”, sino de “nacional dependiente”—un oxímoron que destaca el carácter contradictorio de las elites empresariales e intelectuales en países dependientes como Brasil.

la división entre izquierda y derecha enfrenta una dificultad fundamental en la región. No quiero hablar por toda América Latina, donde la izquierda hoy está presente en el gobierno de Argentina, de Uruguay, de Chile, de Venezuela y de Brasil. Según observó Wilfredo Lozano (2005: 145), «la izquierda hoy en el poder resulta ser un complejo producto de su reacomodación reformadora, lo que la obligó a girar hacia el centro». ¿Cuánto, sin embargo, hacia el centro? Y el giro ¿es sólo hacia el centro o hacia la derecha? Ditmar Dimoser (2005: 28), escribiendo sobre la democracia en América Latina, pregunta «¿estará el futuro latinoamericano caracterizado por democracias sin demócratas?». Tal pregunta implica una paradoja absoluta. En el caso de Brasil, en relación no a la democracia pero sí a la izquierda, la cuestión está dominada por otra paradoja que tal vez no esté ausente en el resto de América Latina: la izquierda gana las elecciones, en la medida en que partidos de izquierda o de centro-izquierda alcanzan la mayoría en el Parlamento, pero no gobierna. Propongo denominar ese fenómeno de paradoja “de la izquierda”. ¿Será el verdadero? Y, si así fuera, ¿hay una explicación para él, o es una paradoja pura?

**Cuadro 1. Diputados federales elegidos, izquierda y derecha: 1986-2002 (en %)**

Año	Izquierda	Derecha
1986	63,0	37,0
1990	48,9	51,1
1994	54,6	45,4
1998	57,5	42,5
2002	60,6	39,4

Nota: Partidos considerados de izquierda: PT, PSDB, PMDB, PDT, PSB, PCB/PPS, PCdoB y PV; los demás fueron considerados de derecha.

Fuente: [www.iuperj.br/deb/port/Indice.htm](http://www.iuperj.br/deb/port/Indice.htm). Autor: Jairo Nicolau (IUPERJ).

Para responder a estas preguntas, parto de la hipótesis de que en Brasil la ideología es determinante del voto. Esa presuposición teórica fue puesta en duda por una serie de analistas internacionales, generalmente de filiación conservadora, que también tienden a negar la relevancia de la diferencia izquierda-derecha, pero finalmente las investigaciones dejaron claro que los electores, aunque no tengan una estructura ideológica definida, para la cual serían necesarios conocimientos que ellos no poseen, son poseedores de una identificación ideológica suficiente que les permite distinguir las posiciones de izquierda o de derecha, progresistas o conservadoras. Singer (1999) probó esa hipótesis en Brasil y la vio confirmada. Brasil transitó hacia la democracia en 1985. Desde entonces, según podemos ver en el cuadro 1, los partidos que dominaron el Parlamento brasileño (en orden histórico, el PMDB, el PSDB y el PT) siempre se autodefinieron como partidos de izquierda –los dos primeros, de centro-izquierda, el último, de izquierda–, y, juntamente con los pequeños partidos de izquierda, lograron mayoría en la Cámara de los Diputados<sup>12</sup>. Entre los tres presidentes electos directamente por el pueblo desde 1985, dos se autodenominaron de izquierda, Fernando Henrique Cardoso y Luiz Inácio Lula da Silva, y sólo uno aceptaba ser de derecha, Fernando Collor. Es verdad que no todos los parlamentarios de esos partidos pueden ser considerados de centro-izquierda: algunos, incluso entre los del PT después de que se convirtió en gobierno, son antes de centro-derecha, pero sus programas y mensajes políticos son de centro-izquierda.

El motivo por lo cual en Brasil los partidos y los candidatos presidenciales de izquierda tienden a ser elegidos con más frecuencia que los de derecha es evidente. Está directamente relacionado con la brutal desigualdad social existente en el país. Esta desigualdad, sumada a los bajos niveles de educación y de formación

12 No lograron, todavía, mayoría en el Senado.

cívica del pueblo brasileño, hace esperar de los políticos un discurso que propugna una mayor distribución de renta. Los políticos de izquierda pueden hacer esto naturalmente, sin la necesidad de parecer populistas; ya que los candidatos de derecha sólo son capaces de formular un discurso de esa naturaleza siendo populistas. Los candidatos de derecha que ganan elecciones ejecutivas en Brasil son casi invariablemente políticos populistas y demagógicos, que hacen un discurso que no corresponde a sus convicciones. Los candidatos de izquierda pueden ser más auténticos, aunque no estén libres de populismo.

Sin embargo, una vez elegidos, ni el Presidente ni los parlamentarios de izquierda hacen un gobierno de izquierda, es decir, que efectivamente contribuya a la reducción de la injusticia social en el país. Pueden incluir en sus administraciones algunas políticas sociales distributivas, atendiendo así a la presión de los pobres, pero finalmente sus gobiernos promoverán principalmente los intereses de los ricos, y la renta y la riqueza continuarán concentrándose. Esto se observó en el gobierno Sarney (1985-1989) inmediatamente después de la transición democrática. El propio presidente José Sarney no era un político de la izquierda, pero sí un nacionalista populista que militó en el partido del gobierno durante el régimen militar. El Parlamento que fue elegido en 1986 estaba dominado por políticos de centro-izquierda que se opusieron al régimen militar. No obstante, no hay nada que pueda identificar el gobierno Sarney como de izquierda. Por el contrario, en sus últimos dos años el gobierno caminó hacia la derecha en la medida en que el Presidente firmó un acuerdo con un gran grupo conservador que se formó entonces en el Congreso con el nombre de "Centrão".

El primer presidente electo por voto popular fue Fernando Collor, en 1989. Era un político conservador, pero es importante destacar que, más que de derecha, era un político populista que logró establecer un contacto directo con la población en nombre de la

moralización de la burocracia, específicamente de los salarios abusivos que un cierto número de altos funcionarios había logrado aprovechándose de la alta inflación existente desde 1980, y de fallos legales en el sistema de corrección monetaria de los salarios<sup>13</sup>. Su mensaje moralista, sin embargo, no impidió que él mismo se viera envuelto en la corrupción hasta el punto de, dos años después, ser alejado del gobierno a través de un proceso de destitución.

El nuevo presidente electo, Fernando Henrique Cardoso, tenía una conocida trayectoria, inicialmente, como intelectual de izquierda y, después, como político de centro-izquierda. Venía de un partido, el PSDB, que se pretende socialdemócrata hasta en el nombre: Partido de la Social Democracia Brasileña. Fue elegido porque, como Ministro de Hacienda en el gobierno intermediario de Itamar Franco, logró controlar la inflación brasileña a través de un plan de estabilización que neutralizaba la inercia inflacionista. Sin embargo, su gobierno fue antes un gobierno de centro-derecha que de izquierda. Fue de centro-izquierda en el área social, en la medida en que aumentó la carga tributaria y gastó más y con más eficiencia en la educación, en la salud, en la reforma agraria y en la asistencia social. Sin embargo, al adoptar una política cambiaria que profundizó la desnacionalización de la economía brasileña y llevó a dos crisis de balanza de pagos, y a una política monetaria de tipos de interés elevados del Banco Central, que benefició a los rentistas, es decir, a los que viven de intereses, y el sistema financiero que recibe comisión de los rentistas, su gobierno acabó concentrando renta.

Más sorprendente es el gobierno de derecha que viene haciendo el presidente Luis Ignacio Lula da Silva. Como el PT se declaraba un partido claramente más a la izquierda que el PSDB, los mercados

<sup>13</sup> Estos funcionarios recibieron el nombre de «marajás», y el candidato se comprometió hábilmente a acabar con ese privilegio.

financieros nacionales e internacionales presuponían que su elección representaría un claro desvío de Brasil hacia la izquierda. La segunda crisis de balanza de pagos del gobierno Cardoso, en 2002, se debió en parte a esa desconfianza.

Sin embargo, lo que se vio fue un gobierno que, aunque conservara sus alianzas con el sindicalismo y con los movimientos sociales, como el Movimiento de los Sin Tierra, se reveló luego claramente de derecha. Esto quedó especialmente claro en relación a la política monetaria: el nivel del tipo de interés básico del Banco Central, que ya era el más alto del mundo, aumentó aún más para satisfacer a los rentistas. El tipo de interés real en 2005 fue de media un 12% cuando el riesgo-Brasil ya no justificaba más del 3%. De un gasto con intereses por el sector público estimado en R\$ 160 mil millones en 2005, correspondiendo al 8% del PIB, sólo R\$ 40 mil millones son justificables: el restante es simple transferencia a los acreedores del Estado brasileño, lo que les hizo rehenes de la disculpa de que ese tipo era necesario para combatir la inflación. Tenemos así, refrendada por un gobierno de izquierda, una brutal transferencia de renta de los pobres y de la clase media que pagan impuestos (principalmente indirectos en Brasil) hacia los ricos que reciben intereses y hacia el mercado financiero que recibe comisiones. Por otro lado, su política social no reveló innovaciones. El único gasto social que aumentó fue el asistencial, a través de la sustitución de la Beca-Escuela, que exigía de los padres pobres que los hijos estuvieran en la escuela, por la Beca-Familia. Es decir, en vez de poner énfasis en políticas universalistas, que son de izquierda, adoptó una política conservadora. Y finalmente, en el tercer año de su gobierno, se hizo público que ese gobierno y el propio Partido de los Trabajadores, que durante años había insistido en sus patrones éticos, se había involucrado en un proceso de corrupción política sin precedentes, conocido con el nombre de escándalo «del mensalão» (de los

sobornos mensuales), en la medida en que el PT pagaba con dinero el apoyo que recibía de diputados de otros partidos, financiándose a través de recursos oriundos evidentemente de empresas beneficiadas por el gobierno<sup>14</sup>. En síntesis, según observó Fernando Cardim de Carvalho (2005) en un trabajo sobre la izquierda y la política económica en Brasil, «el primer gobierno FHC fue casi la antítesis de lo que se esperaba del paso por el poder de un partido autodenominado socialdemócrata». Por otro lado, «pocos discreparían de la afirmación de que el gobierno Lula no persiguió ninguna de las prioridades que caracterizan cualquier gobierno de izquierda en el siglo XX». En otras palabras, han sido gobiernos elegidos por la izquierda, pero no han sido gobiernos de izquierdas.

## 6. ¿Puede la izquierda gobernar el capitalismo?

No tuvimos, por lo tanto, gobiernos de izquierda en Brasil desde la transición democrática de 1985, no obstante el electorado votase principalmente a candidatos de izquierda. Antes de intentar explicar ese hecho, sin embargo, una pregunta preliminar es esencial: ¿Puede la izquierda gobernar el capitalismo? ¿Es posible pensar en gobiernos de izquierda gobernando un sistema económico que

<sup>14</sup> La prensa está haciendo una amplia cobertura del escándalo. Quizás el mejor reportaje escrito sobre él ha sido elaborado por Norman Gall (2005). El gobierno y el PT reconocieron las irregularidades, pero intentaron identificarlas con una «caja dos» en campañas electorales, es decir, donaciones de dinero no declaradas al fisco y a los tribunales electorales. De esta forma, el PT estaría haciendo algo que sería usual en el proceso de financiación de campañas electorales. En el caso de este escándalo, sin embargo, queda claro que existía corrupción *stricto sensu*, tanto por la compra de votos de diputados de otros partidos, como por el hecho de que los recursos venían o bien de empresas estatales cuyos contratos de publicidad eran sobrefacturados o bien de suministradores del Estado que compensaban sus donaciones con sobrefacturación de sus servicios. Además, no se trataba de una simple financiación de las campañas electorales, puesto que el sistema pasó a ser parte del gobierno federal, como antes hicieran algunos de los gobiernos municipales en los que el PT eligió el alcalde.

continúa siendo esencialmente capitalista, es decir, coordinado principalmente por el mercado y centrado principalmente en el logro privado?

Si examinásemos la experiencia de un sinnúmero de gobiernos de partidos o de coaliciones de centro-izquierda existentes en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, la respuesta es positiva. Partidos que actúan en los términos de la definición de izquierda que ofrecí en las primeras secciones de este trabajo han sido, muchas veces, capaces de gobernar el capitalismo de forma más eficiente que los capitalistas. Son de izquierda porque intentan reformar ese capitalismo, porque buscan distribuir mejor la renta y caminar en la dirección de una mayor igualdad de oportunidades, porque defienden una mayor libertad individual en una sociedad más solidaria. Son siempre partidos de centro-izquierda. No existe la hipótesis de que un partido de extrema izquierda pueda gobernar un país capitalista. No conozco siquiera una experiencia de tentativa de ese tipo. El gobierno Allende, por ejemplo, así como muchos otros gobiernos de izquierda que fueron derrumbados por fuerzas de derecha, nacionales y externas, no era un gobierno de extrema-izquierda. Fue sólo un gobierno de izquierda que, no sabiendo gobernar el capitalismo mejor que los capitalistas, cometió errores que facilitaron la reacción de la derecha y del imperialismo y del golpe sangriento.

Para gobernar el capitalismo mejor y con más justicia que una coalición de derecha, una coalición de izquierda necesita reconocer la ley básica del capitalismo: la tasa de beneficio de los empresarios, de los capitalistas activos, debe ser mantenida en un nivel satisfactorio para que ellos continúen invirtiendo. Según observó Przeworski, los empresarios tienen el "poder de veto" sobre el sistema<sup>15</sup>. Si dejan de invertir, el crecimiento económico se

15 A. Przeworski (1985).

estanca y el país entra en crisis. Por eso, algún tipo de asociación con los empresarios productivos es esencial. Los capitalistas rentistas, que en el pasado vivían de alquileres y hoy viven principalmente de intereses pagados por el gobierno, no pueden ser aliados de un gobierno de izquierda. Tampoco puede ser aliada de una coalición de izquierda una parte de los empresarios productivos que reciban a hacer compromisos con los trabajadores y las clases medias profesionales. Como tampoco pueden formar parte del sistema de apoyo a una coalición de izquierda todo un grupo de profesionales que, sabiendo que el capitalismo hoy es el capitalismo del conocimiento o de los técnicos, se aprovechan de ese hecho para obtener ganancias extraordinarias apoyados en su conocimiento técnico. No pueden porque un gobierno sólo será de izquierda si, además de estar formado por políticos que se definen como de izquierda, logra, aunque marginalmente, desconcentrar la renta y la riqueza, transformar en una realidad más concreta la igualdad de derechos entre pobres y ricos, entre mujeres y hombres, y entre las diversas razas, avanzar en la implantación de una mayor igualdad de oportunidades de renta, poder y prestigio social, y dar a la democracia un carácter más representativo y más participativo. No será posible o realista esperar grandes avances en esa materia, pero la experiencia muestra que países que fueron gobernados por más tiempo por coaliciones de izquierda, así como países en los que el centro está más a la izquierda, alcanzan niveles más elevados de democracia y de justicia social. No es por otra razón que el modelo de capitalismo existente en los países escandinavos es superior en términos de justicia y de democracia comparado con los países del modelo renano, el cual, por su parte, es claramente superior al nivel de justicia social y de democracia existente en Estados Unidos. No es fácil comprobar una afirmación general como ésta, pero, cuando se comparan, entre otros indicadores, los índices de violencia, los de distribución de renta y las formas de

financiación de campañas políticas, no es difícil llegar a esa conclusión<sup>16</sup>.

Dentro de esa perspectiva, merece cita especial la experiencia reciente de ocho años de gobierno laborista en Gran Bretaña. Ese gobierno se inició con una propuesta de una “tercera vía”<sup>17</sup> –un nombre inadecuado para un conjunto de ideas concretas sobre cómo un gobierno de izquierda moderna puede gobernar el capitalismo más eficientemente que los capitalistas–. Esas ideas, aunque estuvieron apoyadas en un sociólogo de izquierda de alto prestigio como Anthony Giddens, fueron ampliamente criticadas por las izquierdas de otros países e incluso en Gran Bretaña<sup>18</sup>. En Europa continental, especialmente, se dudó de que fueran ideas verdaderamente de izquierda, ignorando que en Gran Bretaña el centro está más a la derecha que en el modelo renano de Francia y de Alemania. Sin embargo, la prueba de cualquier cosa sólo puede ser empírica. Cabe, por lo tanto, preguntar lo que aconteció en aquel país después de ocho años de gobierno laborista. En ese periodo, que terminó con una nueva reelección, los laboristas, a pesar del apoyo incondicional que dieron a la trágica invasión americana de Irak, consiguieron poner en práctica un gobierno de izquierda. En un tiempo de globalismo, en el que sus ideólogos no se cansan en afirmar que todos los países están sometidos a una “camisa de fuerza”, no teniendo alternativa sino seguir el modelo

16 Las investigaciones de Lijphart (1999) y de Esping-Andersen (1990) sobre los modelos de democracia y de capitalismo son significativas en ese punto.

17 “Tercera vía” fue una expresión utilizada durante mucho tiempo, principalmente por autores católicos, para sugerir que existía una tercera posibilidad en el conflicto entre capitalismo y socialismo. La tercera vía británica no tenía esa aspiración, pero pretendía ser una forma de expresión de la socialdemocracia o, más precisamente, del social-liberalismo: la socialdemocracia que, aunque garantiza los derechos sociales, usa más los mecanismos de mercado, incluso en la oferta de servicios sociales y científicos, transforma así el aparato del Estado en más eficiente.

18 Giddens (1994, 2000, 2001).

neoliberal americano, los laboristas británicos hicieron el camino inverso<sup>19</sup>: establecieron el salario mínimo, transformaron los impuestos en más progresivos y aumentaron en cinco puntos porcentuales el gasto en educación y salud, mientras presentaban un excelente desempeño económico<sup>20</sup>. Con eso mejoró la distribución de renta, haciendo que el capitalismo británico que, desde Thatcher, se identifica siempre con el sistema americano, se aproximara al modelo renano en vez de alejarse, como predice la tesis del camino único<sup>21</sup>.

## 7. La descompensación entre el pueblo y la sociedad

Un gobierno de izquierda en países capitalistas es, por lo tanto, viable. Las experiencias europeas no dejan duda sobre ello. ¿Por qué, entonces, en Brasil no ha sido viable, aunque los electores elijan candidatos de izquierda o, por lo menos, con un discurso de izquierda? La respuesta más general a esta cuestión está en el hecho de que, en Brasil, como en los demasiados países en desarrollo, hay una gran descompensación entre el “pueblo” y la “sociedad civil”, y es en esta última que está siempre el verdadero poder político en las democracias. He puesto las dos expresiones entre comillas porque las estoy usando en un sentido muy preciso: pueblo, aquí es el conjunto de ciudadanos iguales ante la ley, dotados cada uno del derecho al voto; sociedad civil es ese pueblo en el cual, sin embargo, el poder de cada ciudadano es ponderado por el

19 Thomas Friedman (2000) no tiene duda en utilizar la expresión “straight-jacket” para argumentar que sólo hay una forma posible de capitalismo eficiente: la americana.

20 Francia, Alemania e Italia presentaron un peor desempeño por diversos motivos. Esto no se debió, desde mi punto de vista, a que no redujeran la protección de los trabajadores, sino a que no reformaran la gestión pública o gerencial del Estado, terreno en el cual Gran Bretaña fue pionera.

21 Pearce y Dickson (2005).

dinero, conocimiento y capacidad de organización de que detenta. No estoy, por lo tanto, confundiendo sociedad civil, que es un concepto clásico, con “organizaciones de la sociedad civil”, principalmente organizaciones públicas no-estatales de abogacía política –las llamadas ONG *stricto senso*– que son la base de la lenta transición de las actuales democracias de opinión pública hacia las democracias participativas. Mientras el concepto de organizaciones de la sociedad civil permite el desarrollo de una teoría de emancipación social a través de la emergencia de la democracia participativa o de la democracia deliberativa, el concepto de sociedad civil no tiene carácter normativo<sup>22</sup>. Sugiere sólo que la sociedad políticamente organizada –es decir, la sociedad civil– tiende a ser más conservadora, y tal vez sea menos democrática que el pueblo, porque en ella aquellos individuos que poseen más capital, más conocimiento técnico, organizativo y comunicativo, y están insertados en organizaciones, sean corporativas o públicas no-estatales, tendrán individualmente más poder que los ciudadanos comunes.

Cuanto más avanzada es una democracia, más democratizada estará su sociedad civil, y, por ello, menor será la diferencia entre ella y el pueblo<sup>23</sup>. Por otro lado, en el caso de una sociedad civil autoritaria, ella misma no se distingue con claridad del concepto de elites; sin embargo, la distinción es clara en el caso de sociedades civiles democráticas. Se entiende aquí por una sociedad civil más democrática exactamente aquella en la que las diferencias de poder de sus participantes en relación con el poder de cada ciudadano en el pueblo son menores. Esto se dará en la medida

22 Ese concepto de sociedad civil, sin embargo, fue útil para el análisis que elaboré de la transición democrática, en la segunda mitad de los años setenta.

23 Para una excelente reseña del debate sobre las organizaciones de la sociedad civil que surgieron como una alternativa emancipadora en los años noventa, véase Lavalle (2003).

en que aumente el grado de igualdad de renta, de conocimiento, de capacidad de organización, y, por lo tanto, de poder político real en cada sociedad. Es decir, aumente el grado de justicia social existente en esa sociedad. Lo que muestra que, aunque la libertad, garantizada por la democracia, y la justicia, que es traída por el creciente respeto a los derechos sociales, sean objetivos políticos independientes, la teoría política indica que finalmente son también interdependientes cuando pensamos en términos de grados de libertad y en grados de justicia. Sociedades como la sueca o la suiza, en la que las desigualdades son relativamente pequeñas, son sociedades en las que la sociedad civil es fuertemente democrática, diferenciándose poco del pueblo. Siendo así, en esas sociedades, una vez elegido por el pueblo un gobierno de izquierda, ese gobierno, que finalmente refleja el poder de la sociedad civil, hará una administración de izquierda.

Mientras tanto, en sociedades menos democráticas y menos justas, como son las latinoamericanas, la descompensación entre el pueblo y la sociedad civil es enorme. El pueblo no tiende necesariamente a ser más democrático que la sociedad civil, como bien muestran las investigaciones sobre el tema que realizan entidades como el Latinobarómetro, pero tiende a ser más de izquierda en la medida en que demanda del Estado políticas activas más distributivas. Dada esa descompensación, una vez elegido un gobierno de izquierda, la tendencia de los nuevos gobernantes, para alcanzar "legitimidad" política de cara a la sociedad civil, será la de identificarse rápidamente con las percepciones y valores centrales de esa sociedad que es la fuente real de legitimidad. La fuente de la legalidad política, en las democracias, es siempre el pueblo, pero la de legitimidad es otorgada más bien por el apoyo de la sociedad civil. Obsérvese que esta afirmación que hago, como casi todas las demás, obedece a un criterio histórico antes que normativo. Desde el punto de vista normativo sería mejor que la

legitimidad y la legalidad se confundieran, pero en ese caso sería suficiente con un sólo concepto. Por eso, y a partir de Weber, uso el concepto de legitimidad para indicar el hecho de que un gobierno cuenta con el apoyo de la sociedad civil, mientras que empleo el concepto de legalidad para decir que fue elegido por el pueblo de acuerdo con la ley. El primero es un concepto real –sociológico y histórico–; el segundo, un concepto formal jurídico en el sentido estricto de esta palabra. Cuando el gobierno está recién elegido, la tendencia será que la legalidad y la legitimidad política coincidan, aunque el gobierno sea de izquierda y no haya contado en la elección con el apoyo de la sociedad civil. Esto ocurre porque, elegido el nuevo gobierno, la sociedad civil tenderá a dar un voto de confianza a los nuevos gobernantes. Sin embargo, la sociedad civil, y principalmente sus componentes más a la derecha, esperan que el nuevo gobierno, aunque conservando una retórica de izquierda, revele rápidamente su respeto por la propiedad y por los contratos –por el orden establecido, por lo tanto– y que no adopte políticas redistributivas fuertes. De lo contrario, el gobierno correrá el riesgo de perder su apoyo.

Eso fue lo que ocurrió en Brasil inmediatamente después de la elección de Luiz Ignácio Lula da Silva, al final del año 2002. El gobierno contó con esa buena voluntad inicial de las elites, y para conservarla trató de conformarse casi íntegramente con esa voluntad. En el plan de la política económica, principalmente, en que los intereses de la derecha rentista y financiera eran muy grandes, la conformidad fue total y permanente. Y, con eso, el gobierno dejó simplemente de ser de izquierda. Atendió a intereses de la clase media profesional que compone principalmente el PT, realizando una ocupación de cargos públicos que antes estaban tradicionalmente reservados principalmente a la burocracia profesional del Estado. Esta “instrumentalización” del Estado, sin embargo, no es una política de izquierda, sino sólo una forma de

corporativismo o de clientelismo. Con la estrategia de conformidad, sin embargo, el gobierno logró, en los primeros dos años, no sólo calmar a los mercados financieros, que estaban en crisis en el momento de la elección, sino que también logró mantener durante los dos primeros años el apoyo de la sociedad civil. Sólo lo perdió en el tercer año, a causa de las denuncias de corrupción que surgieron. Sólo a partir de ese momento el gobierno Lula perdió legitimidad, aunque conservara la legalidad y, por eso, se paralizó.

La descompensación entre una sociedad civil más conservadora y el pueblo que, no obstante el autoritarismo del que también es víctima, vota a candidatos de izquierda, explica, por lo tanto, por qué en Brasil la izquierda tiende a ganar las elecciones pero finalmente no gobierna. El sistema de incentivos existente en una sociedad como esa lleva naturalmente a la infidelidad de los políticos a sus compromisos. Hay otras razones que explican por qué la izquierda tiene dificultad para gobernar en un país como Brasil. Ya me referí al caso de la extrema-izquierda, cuya incapacidad de gobernar el capitalismo es autoexplicativa. En todos los países tenemos también una izquierda utópica que opta explícitamente por no ser gobierno, prefiriendo, al contrario, conservar su papel de crítica del gobierno. Ese caso, sin embargo, no se aplica a los objetivos de este trabajo.

## 8. El republicanismo necesario y el corporativismo

Centrándonos, sin embargo, sólo en los partidos políticos de izquierda que quieren gobernar en la democracia, la pregunta siguiente es saber si, dada la descompensación existente en Brasil entre pueblo y sociedad civil, es inevitable que los partidos o coaliciones de izquierda, una vez elegidos, no hagan gobiernos de izquierda. No lo creo. Ciertamente los partidos de izquierda

victoriosos tendrán que hacer compromisos –finalmente la política es el arte del compromiso–. En verdad que no realizarán todo lo que su programa prevé, o lo que fue prometido en las elecciones –esto siempre sucede en las democracias, con partidos de cualquier orientación–. Pero sí creo que en un país capitalista de desarrollo medio como Brasil, es posible que existan gobiernos de izquierda.

¿Qué es necesario para ello? En mi opinión, dos cosas: espíritu republicano y habilidad política. El espíritu o la virtud republicana es esencial. No voy a discutir aquí si es factible o no. En el contexto de ese trabajo supongo que lo es, a partir de la ya referida existencia de dos (y no de un solo) instintos humanos básicos: la supervivencia y la convivencia. Establecida esa posibilidad como presupuesto, entiendo por republicano el político o el partido político que, en algunos momentos, arriesga perder el apoyo de sus electores para actuar de acuerdo a sus convicciones de lo que es el interés público. Sus seguidores políticos quieren algo que es contrario a lo que el político juzga ser el interés nacional. No importa cuáles sean las razones de unos o del otro. Lo importante es que hay divergencia. Si el político tiene el coraje necesario para arriesgar su reelección actuando de acuerdo a sus convicciones, será republicano, y su republicanismo podrá ser una salida para la paradoja de la izquierda en Brasil.

No es suficiente, sin embargo, el espíritu republicano. Es necesario también cualificación política. La política es un arte en el que no valen sólo principios éticos y buenas intenciones. Vale también la habilidad de hacer compromisos y de argumentar para alcanzar mayoría. Porque, finalmente, la política no es otra cosa sino el arte del compromiso y de la argumentación. Es el ejercicio de la prudencia, en la perspectiva de Aristóteles; es la búsqueda del bien común, en la perspectiva tomista y de Locke; es la virtud del gobernante en la búsqueda de los objetivos republicanos, en la visión de Maquiavelo; es el ejercicio de la ética de la respon-

sabilidad, en la forma de ver la política de Max Weber. No es, por lo tanto, una tarea fácil. Por otro lado, estas cualidades y responsabilidades de la política, que la hacen la más noble de las profesiones, no están limitadas a los políticos de izquierda. A menudo también se observan en políticos conservadores, los cuales, sin embargo, no enfrentan las contradicciones que enfrentan los políticos de izquierda. Por eso su tarea es más difícil, por eso su espíritu republicano tiene que ser más fuerte, por eso su habilidad política es más necesaria.

Cuando vemos la izquierda en Brasil plegarse a una sociedad civil que es principalmente de derecha, y que se apoya en un sistema internacional cuyos intereses son contrarios a los del país, podemos explicar el hecho por la fuerza de esas elites conservadoras. Es necesario, sin embargo, no limitar el análisis sólo a ese hecho, y reconocer que hay aquí también una falta escandalosa de espíritu republicano y de capacidad política. Esto faltó en el PSDB y faltó, en mayor grado, en el PT. Ocurrió, en el caso del PT, en palabras de Tales Ab'Sáber, en un debate público, «un desplazamiento de la política del espacio social aún más radical; la política se automatiza, se transforma en un gran mostrador de negocios»<sup>24</sup>. Ese desplazamiento o esa descompensación, en este caso, se profundizó porque el PT, aunque tuviese una expectativa de ocupación a largo plazo del poder político (como el PSDB tuvo anteriormente), no fue capaz de hacer una crítica del corporativismo que está en sus orígenes sindicales. Un líder sindical es legítimamente corporativista: su papel es defender los intereses de sus asociados, del grupo económico que representa. Un político, sin embargo, no puede ser corporativista. Según la ética de la política que hoy prevalece en las sociedades democráticas, el político debe, en principio, ser republicano, distinguiendo no sólo sus intereses pro-

<sup>24</sup> Tales Ab'Sáber, en debate en la *Folha de S. Paulo*, 13 de octubre de 2005.

pios sino también los intereses de aquellos que directamente representa de los intereses nacionales. El PT, como partido de origen sindical, nunca fue capaz de hacer esa distinción también por esa razón, no fue capaz de enfrentar el poder de las elites en el seno de la sociedad civil brasileña. En las palabras de Marcos Nobre, en ese mismo debate, el PT gestionó el gobierno como si fuera un partido, y gestionó un partido como si fuera un sindicato. Por otro lado, como Nobre también destacó, faltó al gobierno del PT capacidad para ofrecer al país una alternativa política no sólo económica, sino también social: la crisis acontece «porque no se consigue de hecho movilizar un discurso político y establecer un modelo político para Brasil»<sup>25</sup>. Al hacer esas afirmaciones, se vuelve al problema de la descompensación entre el pueblo y la sociedad civil brasileños.

A pesar de la gravedad de la crisis por la que vienen pasando el PT y el gobierno de Lula, que ciertamente los ha desgastado profundamente, tiene razón Sader cuando critica la tentativa de descalificar «el soporte histórico de la izquierda, responsable de los mejores momentos de la historia de la humanidad, en nombre de comportamientos que significaron el abandono de esos valores y la adopción de métodos y políticas de derecha»<sup>26</sup>. Por otro lado, Fabiano Santos, en aquel mismo debate, defendió la tesis de que, a pesar de la crisis, el PT está llamado a ser «el representante de la socialdemocracia en Brasil». He hecho muchas veces afirmaciones semejantes. Aunque no es imposible, la hipótesis de que el PSDB pueda rellenar ese papel continúa siendo remota, dados los apoyos con que el partido cuenta. Como continúa siendo incierta la posibilidad de ese partido de dar un paso adelante y hacerse un partido social-liberal. Tampoco parece probable la posibilidad

25 Marcos Nobre, en debate en la *Folha de S. Paulo*, 23 de octubre de 2005.

26 Sader, «PT, Direita e Esquerda» (2005: 3).

de que surja un nuevo partido de izquierda más capaz de gobernar. El efecto mayor de la crisis política fue el de debilitar el partido, pero no llegó a deshacerlo. Los resultados de las elecciones presidenciales de 2006 son ahora inciertos, pero es probable que el Parlamento tenga nuevamente una mayoría de izquierda. En cualquier hipótesis, nada sugiere que la paradoja de la izquierda en Brasil encuentre solución a corto plazo: el pueblo continuará votando a la izquierda pero ésta no gobernará.

## Bibliografía

- AB'SÁBER, Tales (2005): «Declarações em debate sobre o Partido dos Trabalhadores», *Folha de S. Paulo*, resumen publicado el 18 de octubre de 2005.
- AGUITON, Christophe et al. (2003): *Où Va le Mouvement Altermondialisation?*, Paris, La Découverte.
- BOBBIO, Norberto (1994): *Destra e Sinistra*, Roma, Donzelli Editore.
- BRESSER-PEREIRA, Luiz Carlos (1996): «Por um Partido Democrático, de Esquerda e Contemporâneo», *Lua Nova - Revista de Cultura e Política*, núm. 39, pp. 53-71.
- (1999): «A Nova Esquerda: Uma Visão a partir do Sul», *Revista de Filosofia Política*, vol. 6, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Departamento de Filosofia, pp. 46-52.
- (2004): *Democracy and Public Management Reform: Building the Republican State*, Oxford, Oxford University Press.
- (2005): «Do ISEB e da CEPAL à Teoria da Dependência», en Caio Navarro de Toledo (org.), *50 Anos do ISEB*, São Paulo, Editora da UNESP.
- CARVALHO, Fernando J. Cardim (2005): *FHC, Lula e a Desconstrução da Esquerda*, Rio de Janeiro, Instituto de Economia da UFRJ.
- DIMOSER, Ditmar (2005): «Democracia sin Demócratas: Sobre la Crisis de la Democracia en América Latina», *Nueva Sociedad*, núm. 197, pp. 28-40.
- ESPING-ANDERSEN, Gøsta (1990): *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- FOUGIER, Eddy (2004): *Altermondialisme, le Nouveau Mouvement d'Emancipation?*, Paris, Li- ges de Repères.

- FURTADO, Celso (1961): «O Processo Histórico do Desenvolvimento», capítulo 3 de *Desenvolvimento e Subdesenvolvimento*, Rio de Janeiro, Editora Fundo de Cultura [republicado en Bresser-Pereira y Rego, *A Grande Esperança em Celso Furtado*, São Paulo, Editora 34, 2002].
- (1992): *Brasil: a Construção Interrompida*, São Paulo, Editora Paz e Terra.
- GALL, Norman (2005): «Lula e Mefistófoles», *Braudel Papers*, núm. 38, pp. 1-14.
- ANTHONY GIDDENS (1994): *Beyond Left and Right*, Cambridge, Polity Press.
- (2000): *The Third Way and its Critics*, Cambridge, Polity Press.
- (org.) (2001): *The Global Third Way Debate*, Cambridge, Polity Press.
- LIJPHART, Arend (1999): *Patterns of Democracy*, New Haven, Yale University Press.
- LOZANO, Wilfredo (2005): «La izquierda latinoamericana en el poder», *Nueva Sociedad*, núm. 197, pp. 129-145.
- NOBRE, Marcos (2005): «Declarações em debate sobre o Partido dos Trabalhadores», *Folha de S. Paulo*, resumen publicado el 18 de octubre de 2005.
- PEARCE, Nick y DICKSON, Mike (2005): «New Model Welfare», *Prospect*, núm. 510, mayo, pp. 20-21.
- PRZEWORSKI, Adam (1985): *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SADER, Emir (1995): *O Anjo Torto: Esquerda (e Direita) no Brasil*, São Paulo, Editora Brasiliense.
- (2003): *A Vingança da História*, São Paulo, Boitempo Editorial.
- (2005): «PT, Direita e Esquerda», *Folha de S. Paulo*, 13 de octubre de 2005.
- SANTOS, Fabiano (2005): «Declarações em debate sobre o Partido dos Trabalhadores», *Folha de S. Paulo*, resumen publicado el 18 de octubre de 2005.
- SINGER, André (1999): *Esquerda e Direita no Eleitorado Brasileiro*, São Paulo, Edusp – Editora da Universidade de São Paulo.
- WHITAKER, Chico (2005): *O Desafio do Fórum Mundial*, São Paulo, Editora Perseu Abramo.